

El libro negro del nacionalismo

**La ideología totalitaria que ha conducido
a Cataluña al desastre**

**Coordinado por Miriam Tey, Sergio Fidalgo,
Juan Pablo Cardenal y Pablo Planas**



EDICIONES DEUSTO

Sumario

Prólogo. Carta a mis nietos, por Albert Boadella	11
--	----

BLOQUE 1

El golpe de Estado

1. Cuando el independentismo rompió con la legalidad, por Iñaki Ellakuría.....	21
2. El Estatuto de Autonomía como pretexto, por Antonio Santamaría.....	37
3. Falsas vías para legitimar la secesión, por Francesc de Carreras.....	46
4. El incuestionable éxito del «España nos roba» y de su negación, por Joan Llorach	56
5. Mossos d'Esquadra: Estructura de Estado, por David Hernández.....	65
6. El escudo de la monarquía constitucional, por Antonio Caño	75
7. Mentiras e hispanofobia sin fronteras, por Juan Pablo Cardenal.....	84
8. Sabe que sabían que soñaban, chapuza, por Arcadi Espada.....	92

BLOQUE 2

**Antecedentes y ejes del independentismo
(P2000, hispanofobia, lengua, escuela y medios
de comunicación)**

9. Nacionalismo catalán y terrorismo, una conversación con Federico Jiménez Losantos, por Pablo Planas	99
10. Programa 2000: O cómo nacionalizar la mente de los catalanes, por Antonio Robles	114
11. La inmersión lingüística: Un proyecto de (de)construcción nacional, por Carlos Conde Solares	137
12. <i>Apartheid</i> lingüístico en Cataluña, por Gloria Lago.....	144
13. El adoctrinamiento del alumnado en el nacionalismo catalán y en el independentismo, por Antonio Jimeno.....	153
14. Padres, héroes frente al nacionalismo en las aulas, por Ana Losada.....	163
15. Asalto a la universidad, por Teresa Freixes.....	170
16. TV3: Una televisión «privada» pagada con fondos públicos, por Sergio Fidalgo.....	180
17. <i>La Vanguardia</i> o una «elasticidad maravillosa», por Daniel Tercero.....	189
18. La Consejería de Propaganda, por José María Albert de Paco.....	199

BLOQUE 3

Canibalización de la cultura y del relato histórico

19. Cultura española: Cancelada, por Pedro Gómez Carrizo.....	209
20. Literatura y bilingüismo, por Andreu Jaume	218
21. El lamento de los artistas oprimidos, por Pau Guix.....	224
22. La prohibición de las corridas de toros en Cataluña, por Vicente Royuela	233
23. Silencios y olvidos de la historia de Cataluña, por Ricardo García Cárcel	241
24. Uso y abuso de la historia en Cataluña: El relato nacional-nacionalista, por Jordi Canal.....	249
25. Lluís Companys: Mito y realidad, por Javier Barrycoea	258

BLOQUE 4

**Los otros ámbitos de la sociedad captados
para la causa**

26. Los fundamentos malignos del nacionalismo, por Alejo Vidal-Quadras.....	269
27. «La Generalitat somos tú y yo», por José Domingo	276
28. La canibalización de los colegios profesionales, por Ramón de Veciana.....	288
29. Crónica de una decadencia (económica), por Carlos Rivadulla.....	295
30. Iglesia y <i>procés</i> , por Oriol Trillas	304
31. ¿Quién nos defenderá del defensor?, por Lluís Grande	310
32. La penetración del independentismo en los sindicatos de clase, por Antonio Santamaría	314
33. Barça y <i>procés</i> . Todo es política, incluso los berberechos, por Tomás Guasch	324
34. El Poder Judicial ante el proceso independentista, por Santiago Trancón Pérez.....	329

BLOQUE 5

Élites, pujolismo y sociedad catalana

35. La raza lingüística o la voz de la sangre, por Francisco Caja ..	341
36. Las élites catalanas y sus satélites políticos, por Santiago Mondéjar.....	351
37. Pujol y la corrupción como instrumento de gobierno, por José Alejandro Vara y Pablo Planas	360
38. La resistencia a cuarenta años de nacionalismo en Cataluña, por Eduardo López-Dóriga	369
39. Viviendo en la Cataluña profunda, por Albert Soler	383
40. La telaraña invisible, por Iván Teruel	388
41. De Terra Lliure a los CDR, por José María Fuster-Fabra....	396

BLOQUE 6
Resistencia

42. La creación de Societat Civil Catalana, por Rafael Arenas García	407
43. El fortalecimiento del tejido asociativo contra el nacionalismo tras el <i>procés</i> , por Chantal Moll de Alba	420
44. El precio de romper el silencio, por Pilar Barriendos.....	428
45. Privatización del espacio público, por Félix Pérez Romera..	437
46. El ejército virtual separatista, por Ignacia de Pano	445
47. El Presídium del Sóviet Supremo del <i>procés</i> , por Joan López Alegre	450

BLOQUE 7
Después de la tormenta...

48. La trampa del diálogo, por Joaquim Coll	459
49. Ley electoral catalana, por Daniel Berzosa	467
50. ¿Cómo hacer posible la concordia? Una convivencia lejos del mas Pujol, por Miquel Escudero	476
51. El nacionalismo catalán y la democracia española, por David Jiménez Torres	485
Epílogo, por Juan Pablo Cardenal, Sergio Fidalgo, Pablo Planas y Miriam Tey	495

Prólogo

Carta a mis nietos

**Para que comprendan lo fácil que resultó destruir
el equilibrio y el buen sentido de una comunidad
de ciudadanos que vivían en buena armonía**

Albert Boadella
Dramaturgo y escritor

Es un hecho elemental que la mayoría de la gente mantiene adherencias sentimentales con su lugar de nacimiento. Lo consideramos algo común y no nos causan extrañeza esa clase de querencias, mientras no supongan una desmedida falta de objetividad con relación al territorio, ni que ello implique actitudes hegemónicas o discriminatorias.

Cuando alguien nos dice que su pueblo es el más bello del mundo, que su cocina es la mejor y que sus gentes, las más nobles y valientes del planeta, pues lo escucharemos con indulgente escepticismo. Pensaremos que prefiere imaginarse el entorno tal como desearía y no como es en realidad. No obstante, si por ser de aquí o de allí, se erige ante nosotros a un nivel superior, entonces nos sentiremos molestos e incluso humillados.

Si seguimos el proceso de esas naturales tendencias emocionales, se entiende que la primera adherencia sentimental sería la madre, después el padre, la familia, la casa, el barrio, el pueblo o ciudad, la comarca, la línea divisoria de la nación, el núcleo cultural en un sentido amplio (por ejemplo, cultura mediterránea) y, finalmente, como idea utópica, el mundo de una forma global: «Soy ciudadano del planeta» es un concepto que exhiben algunas personas para afirmar su equidistancia con los ímpetus nacionales. Sin embargo, suele ser algo fingido. Es una emoción

que quizá pueda sentir el astronauta mirando la Tierra desde el espacio, pero no corresponde todavía a un sentimiento generalizado.

En cualquier caso, podríamos considerar que cuanto mayor es el número de hectáreas, de culturas, de razas y cultos que una persona establece como suyos, mayor será el grado de ecuanimidad en sus apegos. O, dicho de otro modo, hacerse adulto significa ampliar el espacio de adhesiones sentimentales.

Toda esa parte de nuestra vida que afecta a los sentimientos territoriales no tendría mayor alcance si no fuera porque ha sido el origen de mucha sangre y muchas calamidades a lo largo de la historia. Muy especialmente en la historia del siglo xx, con la irrupción de los nacionalismos. Por nacionalismo me refiero a la ordenación del sentimiento territorial bajo una delimitación administrativa muy precisa en sus fronteras, y cuyo núcleo encuadra una versión imperativa y detallada del apego étnico. Este contexto es fundamental en la provocación de las dos mayores matanzas y genocidios que ha perpetrado el género humano. La Primera y la Segunda Guerra Mundial.

El primer recuerdo de mi niñez sobre esta delimitación del sentimiento territorial proviene de una frase muy significativa por parte de una vecina de mi casa. En el barrio donde vivía en Barcelona se había producido un violento atraco a un banco, y la vecina, muy excitada por el incidente, después de relatar a mis padres todos los pormenores del suceso, concluyó en tono tranquilizador diciendo: «Por fortuna, los atracadores no eran catalanes, eran de por allí abajo». Ese «por allí abajo» venía a indicar más allá del Ebro. La expresión ya inducía un toque xenofóbico al suceso.

Tenía pocos años, pero enseguida percibí que nosotros éramos superiores a los de «allí abajo» y, además, éstos no eran de fiar. No hablaban como yo en catalán. Un detalle muy determinante para establecer la diferencia. Entonces los llamábamos *xarnegos*.

A lo largo de mi vida podría citar multitud de situaciones parecidas en Cataluña, pero para invertir los papeles, os diré que años más tarde, y ya adolescente, también me veía defendiendo

esa territorialidad en París. En el liceo donde estudiaba, el profesor de dibujo osó decir que Picasso era un gran pintor francés. Con lo cual salté como una hiena gritando: «¡Monsieur! ¡iPicasso es español!!». Y así encendí una furiosa polémica en la que, finalmente, el monsieur tuvo que aplicar su autoridad para silenciarme. ¿Qué defendía yo? Porque, para mi gusto, Picasso pintaba mamarrachadas parecidas a las mías. Yo no defendía al pintor. Yo defendía el territorio y el orgullo de haber nacido allí como aquel famoso. Llevaba ocho años en Francia, incluso me emocionaba cantando *La Marsellesa*, pero esos residuos del terruño permanecen enquistados en lo más profundo de la mente. Son adherencias vinculadas a la parte más irracional de nuestro ser y que sólo la razón puede tamizar. Cito esas anécdotas porque en los últimos cuarenta años de mi vida he asistido en Cataluña al trastorno, al descontrol y a la perversión de los naturales sentimientos de arraigo a un territorio.

Cuando lo que designamos como «nuestros rasgos diferenciales colectivos» van más allá de un par de danzas, dos o tres platos típicos y unas fiestas o costumbres tradicionales, el tema entra en una zona de alto riesgo. Esos rasgos se instalan entonces en el terreno moral. Lo cual significa establecer diferencias en los caracteres y atributos personales de sus ciudadanos. Diferencias por el simple hecho de haber nacido en un lugar y no en otro. Razón por la cual nuestros supuestos rasgos serán siempre mejores que los del territorio vecino. Si no, ¿para qué resaltar las diferencias? Si, además, tales figuraciones se instrumentalizan, dándoles forma político-administrativa, pues el conflicto está servido.

Más allá de las expresiones folklóricas, no existe ninguna razón sensata para sostener hoy diferencias caracterológicas colectivas entre los grandes espacios culturales. En nuestro caso, me refiero al ámbito de la herencia greco-romana y más concretamente a la cultura cristiana. Por mucho que intentemos delimitar, no existen atributos relevantes entre un ciudadano de Cáceres, de Roma, de París o de Atenas para no poder compartir una sociedad con valores y normas muy similares.

Sin embargo, para un dirigente político, excitar los senti-

mientos y las querencias emocionales del territorio es una estrategia infalible y, además, de resultados inmediatos. Significa la utilización política de los sentimientos en vez de promover la política de la razón. Si a ello sumamos la inducción supremacista, la exaltación de signos y valores superiores del territorio, y la referencia al enemigo común que ha impedido el crecimiento y la gloria de la supuesta nación, tenemos un cóctel explosivo. Eso es una tentación de todo líder político. Desde el alcalde al presidente. Incita un sedimento emocional latente en cualquier persona. Sólo la ética y la honradez serán el antídoto que impedirá al dirigente ceder a la facilidad del discurso sentimental tantas veces funesto.

Esa forma de incitación colectiva al sentimiento de adherencia territorial transformó una comunidad de ciudadanos libres como era Cataluña en una tribu de pensamiento único. ¿Y por qué la llamo tribu? Es tribu porque se impone una sola forma de comportarse ante los apegos y querencias del territorio y sus mitos. Hay razones de esta situación en los sedimentos del pasado, hay razones en el contexto de toda la política española, pero por encima de todo hay una razón esencial en la época moderna: el empeño de un hombre que se convierte en la figura clave para esa transformación. Este hombre fue Jordi Pujol.

Sin el ídolo personal instigando los impulsos sentimentales de un colectivo humano, el invento no acaba de cuajar. Es más, nada de lo que hemos visto en los últimos años hubiera sucedido sin esta figura estratégica. Pujol supo cómo conectar, manipular y encubrir el sentido de aquella frase de la vecina ante el atraco: «No eran catalanes. Eran de allí abajo». Establece un plan a largo plazo basado en la lengua como efectivo militar. Esta lengua será el principal factor que marcará la catalanidad del ciudadano. Subliminalmente, el castellano se presenta como el idioma del invasor. Los medios de comunicación del Gobierno y el periodismo comprado ya se ocuparán de ello.

Obviamente, la exigencia del catalán no es sólo en lo ortográfico, sino que encierra una sutil manipulación del lenguaje. Por ejemplo, en el término «Cataluña y España», «los catalanes y los españoles», funciona tan bien esa segregación lingüística que el

resto de los ciudadanos y políticos españoles la utilizan hoy de forma corriente, como si Cataluña no fuera del todo España. Es sólo un detalle, cierto, pero un detalle muy sustancial en la importancia de asentar un lenguaje nacionalista. ¿Quién no ha caído en esa trampa?

Pujol sabe aprovechar muy bien el gran error que cometió la transición: el traspaso de las competencias de educación a las comunidades autónomas. Un error en lo político y también un error en la enseñanza. A través de ello consigue adoctrinar a las nuevas generaciones con una historia de ficción, manipulada para señalar al enemigo común y sus agravios históricos. Sin enemigo no hay nacionalismo. Sólo necesita un último detalle del resto de los españoles. Tiene que afianzarse la idea de que Cataluña fue la gran víctima de la dictadura. No lo fue Extremadura, ni Castilla ni Andalucía. De esta manera consigue el éxito de la reclamación constante. Una deuda que pagar por el resto de los ciudadanos españoles, que bajo la mirada de esta nueva Cataluña son siempre sospechosos de tendencias fascistas. La Cataluña que vitoreaba mayoritariamente a Franco desaparece de la historia. En cambio, él sabe pintar el nacionalismo como un movimiento progresista, muy bien considerado por la izquierda. Porque a pesar de que Pujol lidera un partido de centroderecha, coloca en los puestos clave de la propaganda nacional catalana a los comunistas. En definitiva, el Estado admite la deuda y dota al Gobierno nacionalista catalán con todo lo que reclama.

El bagaje ideológico con que adoctrina está estrechamente ligado a un plan a largo plazo para que las nuevas generaciones sean ya consecuencia directa de este paisaje sentimental y reaccionen en su momento. Es evidente que, sin una buena dosis de hipocresía, no hubiera cuajado una empresa semejante, ya que el núcleo de ese programa podía alertar a las estructuras del Estado del gran riesgo que suponía. Y aquí es donde Pujol muestra su mayor talento para interpretar un doble personaje. Hombre de paz y concordia en Madrid e instigador de la fobia en Barcelona.

No obstante, para conseguir este rotundo éxito no es suficiente con la efervescencia sentimental de la masa, hay que obtener la colaboración de fuerzas menos emotivas y más pragmáti-